

Con el alma desnuda

(Recogido en "De esto y de aquello," tomo IV)



C.—Con que en la embriaguez de la victoria, ¿eh?

V.—¿En la embriaguez? No, sino más bien en el abatimiento de ella.

—C.—¿Pues cómo así?

V.—Porque eso que llamáis la victoria me abate, me ha abatido siempre, así como me templea y sostiene lo que decís derrota.

C.—Eso no es natural...

V.—Será sobrenatural entonces.

C.—O acaso patológico...

V.—¿Y qué, lo patológico no es natural? ¿No es la enfermedad tan natural, más natural ciertamente que la salud? ¿No nace el hombre enfermo, esto es, desvalido? ¿No muere enfermo? ¿No es una enfermedad la muerte?

C.—Es que la vida...

V.—¿Qué? ¿Es la vida, acaso, más natural que la muerte?

C.—¡Ay, hombre de poca fe!

V.—¿De poca? ¿Y por qué?

C.—Venía pensando en la definición que de la fe nos da Alfredo Loisy, el ex abate modernista...

V.—Ex modernista...

C.—¡Buena! Estaba pensando en la definición que esa sombra de Renan nos da de la fe, en su último libro *La Religión*.

V.—Libro..., libro... ¡Siempre libros!

C.—¡Sí, y siempre hombres! Hombres de libros, como todos los civilizados lo somos, y libros de hombres.

V.—Hombres libresco...

C.—No, sino más bien bíblicos.

V.—¿Y cómo define la fe ese torturado mártir de los libros?

C.—Oyelo, que aquí tengo su último libro. «En su fondo duradero—dice—la fe no es nada más que sentimiento indestructible de confianza en la vida y en su valor moral.»

V.—¿Y los que no tenemos confianza en la vida?

C.—¡Pues sois hombres sin fe!

V.—¿Y si tenemos confianza en

otro poder? En el de la muerte, por ejemplo. ¿O es que no cabe un sentimiento indestructible de confianza en la muerte y en su valor moral? Cuando ese Loisy fué sacerdote católico, creyó, sin duda, que una muerte, no una vida, y una muerte afrentosa, salvó a la Humanidad. ¡Cuán acertado anduvo Leopardi al hacer hermanos al amor y a la muerte!

*Patelli, a un tempo stesso, Amore e Morte legeneró la sorte.*

C.—Añade Loisy que parece evidente que ese sentimiento indestructible de confianza en la vida y en su valor moral procede del instinto de conservación...

V.—Sí, del instinto de conservación individual: del hombre; pero no del instinto de conservación colectiva: del amor. Porque el amor, sólo de la muerte vive. Si no muriéramos no dejaríamos sitio a nuestros hijos y a los hijos de éstos. No hay medio: o devorar, como Cronos, a nuestros hijos, o ser devorados por ellos. Y el arrojo no puede volver a su fuente si antes no va al gran río y de allí al mar, y luego, en nube, torna a llover o nevar sobre la montaña que ceba la fuente. ¿No has oído aquello de que todo animal está triste después del acto carnal?

C.—Es la tristeza de la carne.

V.—Es que para darse, para transmitirse, tiene en cierto modo que morir. Con la generación entró la muerte en el mundo. No entendió San Agustín tan mal como algunos suponen el mito del pecado original. Y así como toda bestia, incluso el hombre, queda triste en su carne después que ha dado de su vida, así todo espíritu quedase abatido después de un triunfo.

C.—Triunfo de la vida...

V.—O de la muerte, ¡quién sabe!... Y yo suelo decirme en esas horas pavorosas de lo que llamáis la victoria, cuando, como supuesto vencedor, se queda solo: «¡Se ha triunfado, bien! Y después, ¿qué?»





C.—Vuelve la oración por pasiva : «¡Se ha sido vencido, bien! Y después, ¿qué?»

V.—¿Después? Que se ve la verdad cara a cara, ¿Te parece poco? Porque sólo el vencimiento permite ver la verdad. Y ver la verdad vale más que todo lo que llamáis triunfo los que abrigáis un sentimiento indestructible de confianza en la vida y en su valor moral. ¿No recuerdas los sentimientos que le embargaban a Nuestro Señor Don Quijote el ánimo después de sus victorias?

C.—Una fué la que logró sobre el valeroso Don Sancho de Azpeitia.

V.—Y después de ella, dijo el Caballero a Sancho: «Advertid, hermano Sancho, que esta aventura y las a esta semejantes no son aventuras de insulas, sino de encrucijadas, en las cuales no se gana otra cosa que sacar rota la cabeza o una oreja menos...» Que así son las victorias esas vuestras, de encrucijadas.

C.—Y después de esa su victoria fué, si no ando trascordado, cuando el Caballero dijo: «¿Y dónde has visto tú o leído jamás que caballero andante haya sido puesto ante la justicia, por más homicidios que hubiese cometido?»

V.—Y así es, que no ya de homicidios, mas ni aun de asesinatos, juzga la justicia humana, cuando con ellos se obtiene lo que llamáis victoria.

C.—La justicia humana, no; pero ¿y la divina?

V.—No hay más justicia divina que la muerte. Sólo ésta es divinamente justa. Y la vida es injusticia. Mas volviendo a Nuestro Señor Don Quijote, el que venció muriendo, recuerda las melancólicas palabras que dijo al Caballero de los Espejos cuando le tuvo vencido a sus pies y con la punta desnuda de su espada encima del rostro...

C.—Espera que lo recuerde... ¡Ah, sí! Le dijo: «También habéis de confesar y creer que aquel caballero que vencisteis no fué ni pudo ser Don Quijote de la Mancha, sino otro que se le parecía, como yo confieso y creo que vos, aunque parecéis el bachiller San-

són Carrasco, no lo sois, sino otro que le parece y que en su figura aquí me le han puesto mis enemigos para que detenga y temple el ímpetu de mi cólera, y para que use blándamente de la gloria del vencimiento.»

V.—¿Lo ves? ¿Ves lo que nos dice el libro? Fué ilusión la victoria; fué ilusión el vencimiento.

C.—Es que en ese pasaje vencimiento no está, como de ordinario hoy en castellano, en sentido pasivo, por derrota, sino en activo, por victoria.

V.—Es igual, pues todo es uno y lo mismo.

C.—El Caballero tenía tan indestructible confianza en la vida y en su valor moral, que siempre hallaba consuelo en sus fracasos.

V.—No, sino que más bien nació, vivió y murió desconsolado. Su locura fué el manto espléndido con que trató de velar a sus propios ojos y a los de los demás la desnudez de su consuelo natural y nativo. Nació, vivió y murió triste, porque el mundo no es como debe ser. Y ese espléndido manto, todo recamado de regocijos y gracias, se lo quitó al morir. Porque quiso morir con el alma desnuda, como un santo. Y no hablemos más de esto, que me oprime la que llamáis victoria el ánimo.

MIGUEL DE UNAMUNO

